

Los Libros

«ROCÍO EN EL TRÉBOL», Poesías de *Oscar Castro*, editorial Nacimiento, 1950

Hace algunos años, tal vez cinco, bien pudieran ser diez o veinte, no importa cuantos, una noche en Santiago, después de un copioso banquete en celebración de algo, bien pudo ser una reunión gremial odontológica o algún torneo científico profesional, conocí a Raúl González Labbé; le conocí, digo mal, lo reconocí, ya que su pluma me era conocida desde mucho tiempo a través de las páginas de *Revista Dental de Chile*, donde siempre un rincón, un selecto rincón, recibió la prosa vibrante, moderna, movida y sincera de este nuevo amigo.

En esa noche de gloriosa recordación, se habló de todo, naturalmente entre dentistas, también se habló de dientes y de técnicas, se habló de la enseñanza profesional, de sus defectos y de sus cualidades, de las posibilidades y de sus reformas de sus nuevas orientaciones, pero, como en el grupo estaba ese muchacho franco, sincero, espiritual, hombronazo y artista que es Raúl González Labbé, se habló de la amistad, del ideal, del espíritu y del arte.

Hay gente a quien parecerá extraño que se pueda hablar de arte entre individuos que cultivan una profesión como es la odontología o la medicina y ello se debe a un error básico y fundamental; la medicina y la odontología son, en su desarrollo y en su función, Arte y Ciencia y tal vez no pecaríamos al decir que entre los médicos y los dentistas, existe un enorme porcentaje de cultores del arte en cualquiera de sus multiformes manifestaciones y, si así no lo fuera, debería serlo. Alfonso Leng, músico moderno y famoso de la hora actual en nuestro país y en el extranjero, es dentista; Waldo Vila, pintor de reconocido prestigio Domingo Melfi, fallecido hace algunos años, Alejandro Reyes Pérez, médico, Carlos Charlín y así tantos otros, sólo para nombrar algunos que en esta ocasión recuerdo.

Esa noche evocadora Raúl y nosotros hablamos un poco de todo y cuando tocamos el tema literario, una de nuestras inexcusables debilidades, Raúl nos recitó varios poemas del poeta de Rancagua.

Una noche también reconocimos a Oscar Castro, porque un tiempo antes habíamos leído en alguna revista literaria su famoso poema *Responso a García Lorca*, que fué después publicado en su libro *Camino en el Alba*.

En prosa habíamos leído y apreciado su interesantísima obra titulada *La Sombra de las Cumbres*, que fué distinguida con el premio «Atenea» de nuestra Universidad, obra que contiene una dedicatoria de un hondo contenido humano y sentimental que transcribimos:

«Dedico:

«A la simple mujer que me entregó el mensaje vegetal que quisieron mandarme mis antepasados, labriegos, medieros, domadores de potros.

«A su tranquilo corazón como un campo de atardecida con grillos y luceros.

«A la llama callada que ardía dentro de su vaso de arcilla.

«A la que hoy es tierra en la tierra, jugo de sus alquimias infinitas.

«A mi madre.

«Oscar»

Pero debemos confesarlo hidalgamente, después de esta hermosa prosa que encierra ocho preciosos cuentos, llenos de emoción y realismo, escritos con cariño y en un castellano castigado y puro, poco volvimos a leer de Castro; Raúl González Labbé en esa noche de recuerdos, reavivó en nosotros, no diré la emoción ni el interés, sino, el culto que él tuvo y conserva por este poeta rancagüino que, podemos decir sin temor a exagerar, es, hoy por hoy, uno de los valores más efectivos de nuestra literatura.

Y así fué como Raúl nos envió toda la producción de Oscar Castro, *Camino en el Alba*, *Las Alas del Fénix*, *Reconquista del Hombre*, *Viaje del Alba a la Noche*, *Glosario Gongorino* y, ahora nos envía con una emocionante y gentil dedicatoria en elegante edición Nascimento, *Rocío en el Trébol*, libro que no podemos decir sea un libro póstumo, porque sabemos que Castro dejó una gran parte de su obra sin publicar, ya que en nuestro país, desgraciadamente, a veces las editoriales no dan cabida, en especial a la obra poética, porque en nuestro siglo de rapidez, dinamismo, me-

cánica y racionalismo, en realidad es poquísimo lo que el hombre quiere reservar al espíritu y a los valores que son en realidad poco tangibles. Afortunadamente la Editorial Nascimento, con gran espíritu, ha acogido en sus prensas la obra de este poeta de verdad y este gesto se lo debemos agradecer.

En 1948, a petición nuestra, Raúl González Labbé llegó hasta nuestra apática ciudad y una tarde del mes de julio en el salón de Honor de la Universidad, nos brindó una hermosa conferencia sobre Oscar Castro con el título de *Rancagua tuvo un poeta*, la que después se publicó en un sobrio volumen bajo el título de *Luz en su Tierra* y puedo decir que en ella Raúl vertió el manantial sincero de su amistad y de la concurrencia a aquella reunión, ninguno pudo substraerse a la emoción que Raúl puso en sus palabras, nacidas del alma, al evocar al grande ausente, su amigo de siempre.

Hemos querido en estas líneas glosar, no la obra de Castro, lo que sería de nuestra parte vana petulancia y absurda pretensión, ya que para hacerlo no bastarían las líneas de un artículo periodístico ni nuestra pobre preparación en el tema, por consiguiente, séanos permitido decir algo acerca de su último libro *Rocío en el Trébol*, ejemplar que ocupa los escaparates de nuestras librerías y que estamos seguros ocupará en las bibliotecas de las almas que, aun en este siglo del más horroroso y brutal materialismo, esconden un sincero culto al arte en su manifestación más sutil, el verso, un lugar predilecto, porque son versos de predilección.

Rocío en el Trébol, poemas de Oscar Castro, editado por Nascimento en 1950, se presenta al público lector y a la crítica, sin un prólogo, sin una introducción; no es preciso, Castro por su obra y su trayectoria ar-

tística, tiene un sitio de honor en la poética chilena contemporánea.

Antes de continuar debemos, una vez más, felicitar a la Editorial Nascimento por la edición acabada de este libro, a la vez que la hermosa presentación que de él ha hecho: portada seria y sobria a dos colores, destacándose el título y el nombre del autor, sin cosas chabacanas ni espectaculares policromías, ello habla muy en alto de la Editorial Nascimento que, con esto nos demuestra estar atenta al desenvolvimiento intelectual, artístico y poético de Chile.

Rocío en el Trébol, es un libro pequeño, de apenas 133 páginas, dividido, si pudiéramos decir, en tres partes: *El Valle Iluminado*, *Dos Novelas del Mar* y *Hora de Nostalgia* y en cada una de estas partes, hermosos poemas que suman un total de veintiuno.

Analizar este nuevo libro de Castro en forma parcial nos parece difícil tarea, ya que todos los poemas contenidos en él encierran algo que nos parece sublime y grande; analizarlo en su conjunto sólo nos restaría expresar con total sinceridad: es una reconfirmación de la labor poética de Castro.

Pero, a pesar de no querer desglosar el libro veamos algo de su lirismo y de su emoción, cuando con profunda sinceridad nos dice en el *Sermón de los Triguales*:

Voy a decir ahora el mundo mío,
mi mundo de humildad y de tristeza.
Y que desnude mi poema simple
lo que tiene de rosa verdadera.

Voy a signarme con olivo y trigo
para decirlo con intacta lengua.
Y escuchadme una vez, como si hablara
desde mi muerte, hermanos, los poetas.

Más adelante en el mismo poema continúa con tanta sencillez que conmueve:

Todo es humano, simplemente humano,
para que el hombre lo respire y sienta
con un significado transparente
y una emoción solemne de promesa.

Y qué dulce es volver a los dominios
donde la luna y la paloma vuelan.
Y qué milagro doloroso y puro
el de la dicha que esperó a la puerta.

Más adelante, *Remordimiento* es un poema lleno de fuerza y de chilenidad, es un poema donde campea el alma del roto chileno y, que si bien es cierto, relata una escena plena de realismo, lo hace en forma tan delicada y sutil, como sólo sabe hacerlo Castro; este poema, tal vez podría criticársele su último verso que, a nuestro juicio, cojea en su última estrofa, ya que es una rima un poco obligada y que desdice con el resto.

Sigue *Pequeña Elegía* que es un romancillo liso, puro, transparente que fluye con suavidad y honda delicadeza:

Tuvo una alegría;
la de cosechar;
Tuvo una tristeza;
ya no sabe cuál.

Más adelante dice:

Aguas del estero
dirán un cantar
por el campesino
que nunca vió el mar.

Cuando lo sepulten,
alguien llorará.
Y en el valle puro
todo será igual.

En *Invitación al valle en que vivo*, poema más largo, nos dice unas cosas tan sencillas y de tan hondo significado:

Ahora sé definitivamente
por qué camino seguirá mi planta.
Y, ante la flor que sorprendí desnuda,
estoy llorando de humildad y gracia.

Venid al valle puro en donde vivo,
venid a ver la rosa inmaculada
y el puerto de las nieves y los vientos
de donde el día levantó sus anclas.

Venid a ver al hijo del labriego
que nació con la oveja esta mañana
y a la lenta mujer que lo sostiene
con la tranquila luz de su mirada.

En *Aquí mataron a un hombre*, nos cuenta la eterna historia de las ánimas al borde de todos los caminos

de la patria, llenas de velas y ante las que, nuestra gente se inclina reverente, pensando que son creadoras de milagros en la otra vida, el poema termina así:

Un pequeño pedazo de tierra con sangre
y en las noches la esperma llorosa de unas velas.
Luis Esteban, astroso, a la orilla de Dios
hace ahora milagros desde la vida eterna.

Instante, es un dulce y sentido poema breve; *La Extranjera*, es un verdadero cuento en verso, pero, sin esa pesadez de los poemas clásicos descriptivos, anecdóticos y llenos de detalles enfermantes, aquí estamos ante un verso movido, nuevo, lleno de sugerencias, que entusiasma:

A mí no podrás quererme nunca
y yo te querré con la pena del que nada posee,
y lo estaré diciendo sin que jamás lo sepas
en esta lengua que no me comprendes.

¿Por qué los hombres, digo, tendrán otras palabras
para decir las mismas cosas que los conmueven?
En tu país y en mi país tienen sonido distinto
la Verdad y la Luna, el Amor y la Muerte.

Y a medida que vamos dando vueltas las hojas de este libro mágico de este poeta nuestro, asoman en ellas los títulos del *Cielo a tu Corazón*, *A la Niña que que viene a mi valle*, *La Daga en el Estero*, *Bueyes bajo la luna*, *El Estribo*, *Despedida*.

En la segunda parte titulada *Dos Novelas del Mar* nos presenta dos poemas *El Capitán Maldiciente* y *La Isla Maravillosa*; es tal vez, a nuestro juicio, lo que

vale menos del libro, será esta apreciación nuestra nacida de haber leído a tantos poetas en estos temas que estos poemas nos parecen vacíos y un poco artificiales, pero naturalmente que no hacen desmerecer el valor del libro.

La tercera parte «*Hora de Nostalgia*» encierra títulos de los siguientes poemas, *Poema para consolar a una madre*, *Oración para que no me olvides*, *En la húmeda Tierra del Sur* y *La lluvia empuja nostalgias*, que nos parece lo mejor del libro.

Para terminar este breve comentario, que pensamos al iniciarlo, sería aún mucho más breve, ya que habíamos prometido hacer de este libro sólo una visión de conjunto; en realidad, confesaremos que no hemos podido ceder a la tentación de analizarlo, o tratar de analizarlo más en detalle, porque, a nuestro juicio, con este libro se cimenta aun más el nombre de este poeta que pasó brevemente por la vida, un poeta que paseó sus treinta y seis años de emoción y de lirismo y esos treinta y seis años bastaron para dejar, con letras de oro, grabado su nombre entre los hombres que hoy día van a la vanguardia de nuestra poética chilena; es posible que olvide algunos nombres, se me perdone el involuntario olvido, al lado de Neruda, de Huidobro, coloco a Oscar Castro como uno de los ángulos de este triángulo lírico del presente.

No cedo a la tentación de reproducir inextenso el poema que ha llamado más mi atención en el libro que comento *La lluvia empuja nostalgias*:

Madre mía, yo ahora me acuerdo de la lluvia
por esa calle sola de allá lejos. ¿Recuerdas?
La lluvia. Una ventana de cerrados postigos
y un pasadizo. Allí vivía la pobreza.

Yo venía de lejos. Del trabajo y la vida.
Y había allí un humilde olor a cena.
Y una lumbre de lámpara doliente y amarilla
como el fulgor de este poema.

Conmigo entraba al cuarto la presencia del agua.
Por las aceras, nadie. Nadie sino la lluvia.
Y un pequeño negocio que alargaba en el barro
una luz arrugada y moribunda.

Pero eso estaba fuera de la puerta. Llegaba
yo a un dominio seguro de humildad y nobleza
donde el pan era bueno y el brasero
era como el tranquilo corazón de la pieza.

Oh miseria de tristes ojos atormentados,
de esperanzas caídas y calladas esperas,
desde que te marchaste con tu noche de lluvia,
mi alma se va mojando por las calles desiertas.

Y quisiera llamar a la casa más sola
y pedir otra vez que la admitieran,
para extender sus manos sobre un brasero pobre
y amanecer llorando como si renaciera.

¡Qué cerca están las gentes cuando el hambre las une
y hay sólo ante los ojos una desnuda mesa
y se oyen, muy distante, sonar unas pisadas,
como un eco del agua por las mojadas piedras!

Madre mía, qué lejos, qué puramente lejos
en una lejanía que al corazón lacera.
Y la lluvia cayendo sobre un mundo vacío.
Y tú, mojada, sola, sin mí, bajo la tierra.

Para terminar este breve comentario sobre el último libro de Oscar Castro que hemos tenido la dicha de conocer, séame permitido, una vez más, enviar mi cálido mensaje de admiración y de aprecio a mi dilecto amigo Raúl González Labbé, quien me hizo conocerlo y admirarlo; quien, integrante del grupo «Los Inútiles» de Rancagua, grupo del cual Castro fué uno de sus más entusiastas propulsores, mantiene encendida la llama del arte, la inquietud del espíritu y ha levantado entre la gente de esa ciudad tranquila, gris, sosegada y apática, un fervor por el arte y la obra artística en sus múltiples manifestaciones; González y su grupo merecen bien y agradecimiento por que han sabido, calladamente y en forma tesonera y continuada, hacer una labor digna de ser imitada.

—R. LOUVEL B.



«ROMANCERO RÚSTICO», por *Silvia Moore*

El romance castellano que fuera la expresión poética más en boga, en los primeros tiempos de la literatura popular del idioma, tuvo su máximo esplendor para quedar, transcurridos los años, en absoluto desuso. La narración en verso de hechos heroicos era saboreada y apreciada, seguramente porque en ella se daba una sensación más vívida y directa de la realidad. El romance trasuntaba motivos épicos o dramáticos, que le daban oportunidad al poeta para reflejar una idea precisa del momento en que se vivía. Trascendía en ellos el regusto de la época, como si fuera un trago en que se manifesta-